

no se casa uno más que una vez!... O dos ó más; pero sólo en la primera puede uno vestirse de blanco.... ¿Estaré ese día descolorida y ojerosa?.... Espero que nó, porque no me desvelaré la vispera, ni habrá motivo para ello..... Se desvelan las que se casan enamoradas; á mí, por fortuna, no me causa la menor emoción dar la mano á ese señor..... Se la daré como si le saludara; haré de cuenta que le digo: ¿Cómo está usted, don Arcadio?... Y ¿qué dirán mis compañeras al verme tan elegante, y que les cojo la delantera?.... ¡Pobres! Ellas no tienen cuando salir de este pozo.... ¿Y las "de" Dena?.... ¿Vendrán al matrimonio? Yo quisiera que sí, para que me vieran. ¡Qué rabia les dará presenciar mi enlace y verme tan elegantemente vestida!... ¿Cuánto vamos á que ni ellas, con todo y que se las dan de aristócratas, se visten como yo el día que se casen?.... Pero ¡qué se han de casar! agregó encogiendo los hombros con desprecio. ¡Son tan feas y tan ridículas!

Y así, por ese tenor, fueron todos los pensamientos que circularon por la mente de Paulina hasta el día de su matrimonio. No llegaron á preocuparla un solo instante ni la gravedad de la determinación, ni las dificultades del matrimonio, ni la contrariedad de vivir al lado de un hombre á quien no amaba; echada atur-

didamente en brazos del acaso, no quería ver ni reflexionar nada, y hacía mohines de desdén, cada vez que cruzaba por su mente el bosquejo de algún pensamiento serio. ¡Bah! lo importante era vestir un bonito y costoso traje de boda, deslumbrar á todas con su lujo y belleza, tener buena casa, criados, alhajas y cuanto se le antojase; lo demás era lo de menos.

---

X

Rumores y Paisajes.

El viaje á Tepic de don Teodomiro y sus músicos, aunque lento é incómodo por la mala calidad de las cabalgaduras y el pésimo estado de los caminos, se hizo en medio de una alegría casi infantil y de una gresca perenne, sin que sirviesen de obstáculo al regocijo de los alborotados jinetes, ni los ardores del sol, ni las molestias del polvo sublevado, ni la escasez y mala calidad de los alimentos, lechos y posadas. Tuvieron, además, la buena suerte de no topar en las sendas y vericuetos que recorrieron, con las cuadrillas de malhechores, que por aquellos tiempos infestaban la vía pública con el pomposo título de "pronunciados," ó el franco y descarado de salteadores; para

lo cual puede haber contribuido (si por acaso fueron columbrados desde riscos ó matorrales nuestros artistas por alguna de aquellas partidas), ó bien lo numeroso del cortejo que formaban, semejante al de gente bien armada y capaz de tenerla su conjunto, impropio por su misma selas tiesas con los amantes de lo ajeno, ó bien el aspecto desarrapado que presentaba, á despertar la codicia del mismísimo Caco. Así, galopando algunas veces, trotando otras y moviéndose poco siempre; pernoctando en ventas, mesones y jacales, y alimentándose con huevos fritos, frijoles cocidos, tortillas de maíz acabadas de hacer y grandes vasos de leche recién ordeñada, en los puestos rústicos de adobe que se alzaban de trecho en trecho á la vera del camino, vieron desfilar ante sus ojos, en mágico panorama, una serie de paisajes y objetos de gran novedad y atractivo: los hermosos pinares de La Venta, de salubres y perfumadas emanaciones; la Peña Rajada, caída de la cumbre de un cerro pedregoso y abierta por el medio como una manzana; el alto cerro de Tequila, cuya cumbre formada por tres grandes gibas, toma la forma, según el sitio ocupado por el observador, ó bien de un león vigilante echado sobre la altura, ó bien de un águila caudal con la cabeza levantada al cielo y las enormes alas extendidas hacia los lados. El pueble-

cillo de Tequila, contemplado desde la carretera que en ziz-zas continúa por las pétreas lomas que hacia el Norte limitan su caserío, presentó á sus ojos un aspecto delicioso con sus calles alineadas simétricamente, sus huertas de árboles frutales y sus fábricas de alcohol, con altas chimeneas eternamente empenachadas por espeso y pardo humo; la Laguna de Magdalena, que se extiende como inmenso espejo por las cañadas de altos y próximos cerros, les trajo á la memoria el nombre del indómito cacique Guajícar, terror del conquistador español, y uno de los últimos paladines de la independencia indígena. Bajaron con alarma y sintiéndose á cada instante en peligro de caer, por la barranca de Mochitiltic, hoya enorme á cuyo fondo se llega por pendientes caminos en línea quebrada, formados sobre duros peñascos y sembrados de cantos movedizos y peligrosos. En el Plan, que es el fondo de la depresión, hallaron chozas, extensos cañaverales, bosques de papayos y trapiches; pero también un calor infernal, que los obligó á pedir jarros de agua á la puerta de cuantos bohíos hallaron al paso, para refrescar las fauces secas y reponer los jugos del cuerpo, perdidos por una traspiración interminable, que les empapaba las ropas y se les escurría por la punta de la nariz. Cruzaron después por el risueño pueblo de Ixtlán, asentado en

una cañada verde y feraz, que parece el reino del aire, según soplan ahí perpetuamente los vientos; por Ahuacatlán, lugar de tradiciones históricas, hoy convertido en un montón de ruinas, donde se oprime el corazón ante tanta vejez y decaimiento; á la vista del volcán del Ceboruco, que cubre con sus lavas los contornos, hasta inmensa distancia, y gasta su mole más y más todos los días, con erupciones constantes, hasta el punto de no quedar de ella más que grises y quemados fragmentos en forma dantesca, de troncos enormes, cruces prodigiosas ó manos y brazos retorcidos y elevados al cielo; al través de Uceta, por donde corre un arroyo famoso por sus sabrosas truchas; por Tetitlán, donde dos Luis de Castilla, enviado por la Audiencia de Méjico para aprehender al conquistador de la Nueva Galicia don Nuño de Guzmán, se dejó sorprender y cautivar por los soldados de éste; por la falda del cerro del Sanguangüey, reproducción en pequeño del Tequila, y centinela avanzado del valle donde Tepic se asienta, rodeado de montañas y lomeros de nombres sacros ó extravagantes: el San Juan, el Metate, el Molcajete, la Loma del Toro, y otros de difícil rememoración. Así, de novedad en novedad y de sorpresa en sorpresa, llegó el ruidoso grupo al término de su viaje.

La población tepiqueña, una de las más

simpáticas de la República, hizo excelente impresión á los viajeros. A pesar de hallarse por entonces bajo la dominación del cacique Losada, se ostentaba ya coqueta y risueña, como ahora, y servía de asiento á una población hidalga y hospitalaria, cuyas hermosas y santas mujeres, han sido, son y seguirán siendo honra y encanto del bello sexo de la República.

Apenas sacudido el polvo del camino, entraron de lleno los artistas en el cumplimiento de sus deberes, presentándose al Párroco, y dejando todo arreglado para la ceremonia religiosa del siguiente día; y el domingo de Resurrección cantaron y tocaron bajo las bóvedas de la iglesia con tal denuedo y tan admirable maestría, como si nunca hubiesen cabalgado sobre los potros de tormento, alias rocines alquilones, que les habían descoyuntado los huesos para llevarlos á aquel lugar; valiéndoles su irreprochable ejecución el aplauso y la admiración de los fieles, cuyo entusiasmo tuvo por lo pronto el carácter de divino, y se transformó bien pronto en meramente humano.

Al oír, en efecto, tan buena música, un grupo de jóvenes de la mejor sociedad, tuvo la idea de aprovechar aquellos elementos artísticos, para algo menos severo y ascético que las funciones de iglesia; y determinó celebrar el fin y término de

las austeridades cuaresmales con un gran concierto vocal é instrumental, en que tomasen parte los aficionados de Tepic y los profesores de Fópoli; y como don Teodomiro consintió en ello de buen grado, tanto porque le ponía en el colmo de la beatitud el éxito alcanzado por su orquesta, como porque ardía en deseos de continuar exhibiendo su talento y el de los suyos, pronto se organizó la audición, ya que no había tiempo que perder, porque el maestro y sus discípulos estaban de prisa y violentos por tornarse á Fópoli. Por fortuna no escaseaban en Tepic finísimos "dilettanti" de ambos sexos, así en el canto como en el piano, y fué posible improvisar un variado y brillante programa, con arias, dúos, coros y sinfonías orquestales.

Llegado el día del concierto, asistió á él lo más selecto de la población, ostentando gran lujo en la indumentaria; mas, aunque la fiesta resultó espléndida bajo todos conceptos, no fué bastante á satisfacer los impulsos de los presentes, lanzados por el camino del goce, pues el grato cosquilleo del oído, produjo alborotos en el corazón y ansias en los pies de los circunstantes, con tendencia marcada á rendir ardiente culto á la traviesa Terpsicore. Y fué tanto así, que, al terminar la audición, formaron complot damas y caballeros para que no se interrumpiese la fiesta.

sino continuase transformada en alegre y ruidoso baile. El acuerdo fué general, y parecía que todo caminaba de perlas, cuando don Teodomiro se opuso á su cumplimiento, indignado á la simple idea de tocar y hacer tocar á "sus profesores" con el miserable propósito de que los profanos se entregasen al placer bárbaro de saltar, como los caníbales en torno de la hoguera. Lastimado en lo más íntimo del amor propio, ordenó á sus subordinados volviesen los instrumentos á sus fundas, y saliesen del salón como de un lugar abominable, sacudiendo el polvo de sus sandalias. En vano el concurso rodeó al testarudo viejo rogándole consintiese en prestar el servicio que se le pedía, pues Gómez y Pérez, tenaz por naturaleza, y lleno de la soberbia de su gran arte, se mantenía encerrado en obstinada y furiosa negativa. El mal parecía no tener remedio, y comenzaban á impacientarse ya los solicitantes, cuando ocurrió á Joaquín la buena idea de intervenir en la diferencia, á fin de obtener ciertas ventajas que entre manos traía y constituían todo un programa de actividad y goce muy alto para los días inmediatos.

—Tengo una idea, maestro, dijo, pues, el joven al oído de Gómez y Pérez.  
—¿Cuál? preguntó éste.

—Que accedamos á lo que nos pide, haciéndonos pagar muy bien.

—¡Cómo así! ¿Eres tú quien me lo dice? ¿tú, tan noble y tan artista? ¡Rebajar el arte, poner por los suelos nuestra "profesión," humillar nuestra dignidad! Eso no puede ser; para bailar es buena cualquiera murga, nó la orquesta que yo dirijo.

—Pero no vé usted que está muy cerca el mar?

—¿Y qué tenemos con ello?

—Que yo no lo conozco.

—Ni yo tampoco ¿y qué?

—Que sería bueno sacar de aquí lo necesario para llegar á San Blas. ¡Ahora ó nunca!

El programa deslumbró al maestro. ¡Llegar á la costa del Pacífico! ¡Conocer el mar! ¡Espaciar la vista por aquellos horizontes! Siempre lo había deseado, pero su pobreza no le había permitido realizar ilusión tan brillante. Ahora que se presentaba la oportunidad de verla cumplida, ¿la dejaría escapar? Un poco de vencimiento y todo se lograría. Todavía se hizo de rogar por algún tiempo, pero no ya con la terquedad del principio, hasta que acabó por darse á partido, aunque poniendo por condición fuesen recompensados con largueza sus sacrificios. Los tepiqueños, que son magníficos y manirroto, no se alarmaron ante

sus pretensiones, y se limitaron á contestar sencillamente "que le darían cuanto pidiese." Ante respuesta tan generosa, no tuvo más remedio el maestro que dar contraorden á su gente para que suspendiese la marcha y desfundase los instrumentos, que se hallaban ya dentro de sus estuches. Un inmenso aplauso de alegría resonó por los ámbitos del salón ante su nueva actitud, y bien pronto resonaron los ecos del vasto recinto, con las traviesas y juguetonas notas gratas á la musa del baile. Sin pérdida de momento se arganizó la reunión en su nuevo aspecto; despejóse luego el centro del local, colocáronse las sillas alineadas junto á las paredes, sentáronse por los rincones las matronas y los caballeros cargados de años, y los mancebos y las doncellas, formando hermosas y alegres parejas, se deslizaron cadenciosa y ligeramente por la alfombra, bailando vales, schottischs, danzas, polkas, mazurcas, cuadrillas y cuantas piezas son de uso y costumbre en tales, tan regocijadas y tan vulgares ocasiones. Pero el maestro estaba triste, profundamente triste.

—¡Hijos! decía con amargura, mientras resbalaba su arco nerviosamente por las cuerdas del violín; es la primera vez que lo hago, la primera que degrado mi "profesión," la primera que me convierto en artista venal. ¡Que "Deos" me lo perdone! El

y ustedes saben que lo hago sólo por conocer el mar, una de las maravillas mayores que pueden contemplar los ojos humanos; si no fuera por eso, antes me dejaría hacer mil pedazos, que poner la santa armonía á los pies de los profanos.

A lo cual respondía Joaquín por lo bajo:

—No tenga cuidado, maestro, bien sabemos todo eso; conocemos á usted lo suficiente para sospechar otra cosa. Tranquilícese. ¿No ve que estamos contentos y que todo lo hacemos con gusto? ¡Ya verá que compensación vamos á tener por tan corto sacrificio!

El calificativo envuelto en la última frase, no fué del agrado de don Teodoro.

—¡Cómo corto! clamó levantando el arco y lanzando á Joaquín una mirada centellante.

—Doloroso debí decir, maestro; repuso Joaquín corrigiéndose humildemente y con presteza; fué una equivocación deplorabile: excúseme usted.

Así, entre los acordes de la orquesta, el zapateo incésante de los jóvenes y el alegre ruido de las conversaciones y de las risas, transcurrió toda aquella noche, memorable para la sociedad de Tepic, y afrentosa para Gómez y Pérez; pero el hecho fué que, á pesar del júbilo de los unos y de la desesperación del otro

acabó al fin por sonreír el alba en el oriente, y comenzaron á llamar á misa las campanas de las torres y á palidecer las luces de las bujías; por lo que fué preciso poner punto á la fiesta é ir á descansar y pagar los vidrios rotos, ó sea la abultada cuenta de la orquesta.

Dos días después del baile, descansados ya, llena el alma de ilusiones y bien provista de maravédises la escarcela, salieron los músicos de la ciudad con rumbo á la costa, á horcajadas sobre rocines tan flacos y tardos como los que hasta ahí los habían conducido; y como su viaje no era obligatorio ni de negocio, sino una mera gira de placer, no tomaron precisamente la carretera, sino que, conducidos por guías expertos, se internaron por sendas y vericuetos laterales, siempre que la ocasión de disfrutar la vista de hermosos sitios se les vino á las manos, sin preocuparse por la insignificancia de que aquella falta de itinerario fijo, hiciese más larga y dispendiosa la marcha.

Pronto comenzaron á manifestarse los encantos del panorama, ya en forma de cafetales, platanares y huertas de hortaliza, salpicadas acá y allá de pintorescas casitas hechas de zacate y troncos de palmeras, con cobertizos por fachada, rodeadas de risueños jardines y alienadas al borde del camino; ya en forma de

arroyos parleros que corrian por todas partes, difundiendo la luz de sus cristales y el frescor de sus ondas por la extensión de la campiña.

En la Barranca Blanca, hallaron sombra y descanso al amparo de juanacastles, higueras y amapas, que en tupidas agrupaciones se ostentaban á las márgenes de una hermosa corriente, que por ahí pasa y se enrosca, como culebra de plata; en tanto que su vista se espaciaba por la extensión de verdes cañaverales, riqueza y alimento de un trapiche que en su centro se iergue, difundiendo por los aires el humo de su chimenea y el olor penetrante de la miel hervida. Siguió después la jornada bajo la sombra de grandes bosques de corpulentos encinos; y á poco comenzaron á oírse el estrépito y á distinguirse los cristales de una blanca cascada que envuelta en casta y burbujeante espuma, se desprende desde un alto peñasco. Ilimitados arrozales, fecundados por aquella linfa, esmaltan la llanura con capa de tierra esmeralda.

Más allá del riachuelo de Singaita, y desde la altura de Tierra Blanca, alcanzaron á ver por vez primera, la lejana línea del mar, rayando los lejanos términos del horizonte con una larga pincelada de luz. Desde ahí emprendieron la bajada de La Cruz Negra, por agrío y pendiente camino en forma de zis-zas, hasta

llegar á una amplia llanura que tiene un gran claro en el medio y está rodeada de arboledas tupidas y gigantescas, al través de las cuales pasan escasos rayos de sol, tamizados por el follaje profuso; y cuando á trechos, saliendo de la solemne obscuridad de aquellas selvas casi vírgenes, llegaban á las descubiertas llanadas, caminaban sobre tapiz de verde musgo y pequeñas florecillas de mil colores: el ramoncillo, la violeta silvestre, el periquillo y las estrellitas blancas. Las plantas trepadoras, como el cohamecate-rosa, la roja azalea y la trompetilla de color lila, formaban variados y ricos cortinajes á los lados de los estrechos senderos; y brillantes parásitas adheridas á las ramas de los árboles, formaban jardines suspendidos, con lirios matizados y blancas azucenas de caprichosas formas y perfume exquisito.

Luego comenzaron las marismas, donde se explota la sal, y del seno de sus apretados manglares, al paso de los ginetes, se alzaron bandadas de garzas color de rosa, gaviotas blancas y borregones de ancho pico y plumaje amarillo pálido, azotando el aire con sus torpes y pesadas alas.

Las impresiones que durante el camino iban sacudiendo los nervios de Joaquín eran indescriptibles. ¡Salir del encierro

de la Casa de Caridad para ponerse frente á frente de tales maravillas! Le parecía sueño hallarse bajo aquellos tupidos bosques de cedros, encinos, palos Marías, caobas y amapas. Los árboles de este último nombre, se apiñaban á trechos, formando tupidos ejércitos, empeñados con flores de pálido color rosa, como sagrados sitios destinados á recibir la visita de andantes caballeros, cubiertos de hierro y consumidos por el amor de su Dios y de su dama. Asombrado quedó ante la enorme riqueza de aquella tierra, que produce el tabaco, el maíz, el coco, la vainilla, el chicle, el hule y el henequén casi silvestres, y sentía piedad al hollar con los cascos de la bestia, los niveos ramoncillos y crucecillas, el belén matizado y la violeta pudibunda, que alfombraban el suelo delante de sus pasos. ¿No se habían abierto para él las puertas del paraíso? Pájaros de rico y vistosísimo plumaje hendían el espacio por todas partes, se albergaban en las frondas, y cracitaban, piaban ó trinaban de continuo, formando alegres é imponentes orquestas en lo más repuesto de la espesura. Zenzontles, jilgueros, mulatos, calandrias y gorriones, parecían competir en cantos, gorgeos é incesante garrulería, en tanto que las irisadas chuparrosas, los verdines de plumaje gris y verde de pecho, las hurracas de color azul, pe-

cho blanco y larga cola, los guacamayos del color de la esperanza y penacho rojo ó amarillo, los alborotados pericos y las minúsculas y exquisitas catarinas, iban de árbol en árbol, como flores vivientes esparcidas por el espacio; y las chachalacas, los chonchos, los faisanes, los guacos, las palomas habaneras y patagonas, y los arcabuces que bajan la cabeza y pican el suelo para cantar, sorprendían su mirada con formas, colores y sonidos nunca vistos ni escuchados. Los guías excitaban á cada paso la sorpresa de los viajeros con su conocimiento íntimo de la naturaleza, y por la amplia posesión que de ella parecían disfrutar. Sabían el nombre y las propiedades de cada árbol y de cada bestezuela, y amenizaban la marcha refiriendo por menor sus particularidades más menudas, como sencillos é inconscientes naturalistas que eran; y sorprendieron mucho á los viajeros cuando, á la vista de una bandada de codornices amedrentadas, las hicieron volver atrás y agruparse á su derredor, mediante cierto silbido de magia desconocida, que suavemente lanzaron de sus labios contraídos.

—¿Qué piensa usted, observó uno de los guías acercándose á Joaquín, que dicen en su canto las palomas patagonas?

—No acierto, repuso el joven. ¿Dicen algo por ventura?



—Sí, prosiguió el interpelante, óigalas usted bien. Dicen así con toda claridad: “¿Luis, quién te pegó?” “¿Luis, quién te pegó?”

El joven se puso á escuchar atentamente, y se persuadió de que, en efecto, decían las palomitas con voz dulce y mansa: “¿Luis, quién te pegó?” “¿Luis, quién te pegó?”

—La paloma torcaz, siguió diciendo el guía, no puede ver á las mujeres.

—¿Es posible? preguntó Joaquín asombrado.

—Sí, amo, como usted lo oye.

—Pero ¿eso cómo se sabe?

—Óigalas usted cantar; van diciendo por donde quiera: “¡fea tú!” “¡fea tú!” “¡fea tú!”, y no se cansan de gritarlo.

Y en efecto, al aplicar el joven el oído para descifrar el sentido de su canto, se dió cuenta de que las torcaces, movidas por no se sabe qué viejos y eternos rencores, iban deturpando al bello sexo, y cantaban: “¡fea tú!” “¡fea tú!” “¡fea tú!”

Don Teodomiro, por su parte, caminaba silencioso y ensimismado, y si bien es cierto que miraba mucho hacia afuera, también lo es que miraba mucho más hacia adentro. No cesaba de pensar en cosas propias de su arte, ni de hacer reflexiones técnicas acerca de los timbres, las notas, las combinaciones y los efec-

tos generales de los sonidos que llegaban hasta él; y de tiempo en tiempo, aproximábase á Joaquín, con quien se entendía mejor que con ningún otro de los viajeros, y, gravemente, le comunicaba observaciones trascendentales y de gran peso.

—¿Qué te parece el canto de ese pájaro? solía decirle. Su acento es muy limpio y cristalino, y gorgoja maravillosamente, á pesar de que nadie lo ha enseñado. Ninguna garganta humana sería capaz de producir trinos como los suyos.

—Es verdad, maestro, contestaba el joven distraído.

Otras se manifestaba descontento murmuraba, aludiendo á los guacamayos, pericos y chachalacas.

—Esos gritos son muy desentonados é inarmónicos; no valía la pena de que pajarracos como esos mezclasen sus graznidos á tantas voces melodiosas.

Ya sofrenaba su rocín y, deteniendo la marcha del que á Joaquín conducía, exclamaba entusiasmado:

—Escucha eso: es “manífico.” ¡Qué bien se lleva el rumor del río con el paso del viento al través de los árboles! Es una “impreseón” singular la que causa esa “confuseón,” y no sería posible reproducirla por medio de ningún “instrumento,” banda ó orquesta.